

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

La cuestión nacional según Otto Bauer. Notas críticas a cien años de un clásico.

López, Damián.

Cita:

López, Damián (2009). *La cuestión nacional según Otto Bauer. Notas críticas a cien años de un clásico. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/1348>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

“La cuestión nacional según Otto Bauer. Notas críticas a cien años de un clásico”

Damián López

Resulta bastante corriente señalar el llamativo desfase existente entre la emergencia y expansión del nacionalismo y los Estados nacionales durante los siglos XIX y XX y el tardío desarrollo de teorías y estudios de caso que los analizaran en profundidad. Como es sabido, el boom temático se produjo fundamentalmente a comienzos de los '80,¹ aunque aún antes pueden rastrearse algunos importantes antecedentes que, desde las más diversas corrientes de interpretación, y según el autor que se trate, fueron rescatados posteriormente en cuanto anticiparon elementos relevantes. Entre esta diversa bibliografía, que va de Renan a Karl Deutsch, algunas veces se incluyen los debates sobre la cuestión nacional dentro del marxismo, destacándose aquí por su cantidad y calidad la producción de importantes figuras de la Segunda Internacional (1889-1914) como Karl Kautsky, Rosa Luxemburg, Lenin, etc.² Sin embargo, en este segundo caso se trata en general de investigaciones que se centran en el contexto específico de producción y en la discusión teórica al interior del marxismo; los libros de referencia sobre el nacionalismo, en tanto, normalmente otorgan poca relevancia teórica a aquellos aportes.

En un trabajo anterior hemos intentado estudiar los principales trazos de aquellas discusiones, mostrando en qué sentido, vistos desde los abordajes actuales, las limitaciones teóricas de la producción de los miembros de la Segunda Internacional sobre la cuestión nacional son sin dudas importantes.³ En aquel mismo texto señalábamos, sin embargo, la existencia de una obra producida por un miembro de la Segunda Internacional a la que no puede reprochársele formalismo alguno ni subestimación del papel histórico de las naciones en el siglo XX que comenzaba.⁴ Se

¹ Entre los trabajos más importantes pueden citarse, Anderson, (1993), [original de 1983]; Armstrong, (1982); Breuilly, (1990), [original de 1982]; Gellner, (1988), [original de 1983]; Hroch, (1985); Smith, (1986). Una buena síntesis de las principales teorías clásicas y contemporáneas sobre el tema se encuentra en Hutchinson y Smith, (1994). Resulta un tanto polémico, y muy arbitrario, marcar un momento a partir del cual se establecieron los parámetros de las discusiones actuales sobre el nacionalismo, aunque sin dudas es mucho menos discutible nuestra más acotada aseveración acerca de que el tema cobró una inusitada expansión en el último tercio del siglo XX, volviéndose un verdadero boom a inicios de la década del '80.

² Entre ellos pueden citarse los traducidos al español de Davis, (1972); Löwy y Haupt, (1980); y Löwy (1998).

³ López, (2003).

⁴ Por supuesto, con esto no queremos decir que sea la única. Podemos aprovechar la ocasión para destacar, por ejemplo, la muy poco conocida obra de Ber Borojov (1881-1917), judío ucraniano fundador del Partido Socialdemócrata Obrero Judío Poale Sión (1906) quien elaboró profundas reflexiones en torno

trata del brillante libro del marxista austriaco Otto Bauer (1881-1938) *La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia*,⁵ una de las obras más lúcidas y eruditas producidas dentro de esta tradición, y tal vez la más importante sobre el tema en su propio tiempo. Terminado en 1906, el libro fue publicado por primera vez en 1907, y contó con una segunda edición en 1924.

Muy influyente —y discutido— dentro de la Segunda Internacional, el trabajo de Bauer es a veces citado, pero escasamente valorado, por la mayoría de los investigadores actuales del nacionalismo. Pero si en nuestro texto anterior aludimos a algunas razones que explican *en parte* la percepción sobre la inactualidad del aporte de los miembros de la Segunda Internacional, también señalamos que difícilmente las mismas puedan esgrimirse en el caso de Bauer. Aunque el contexto sea compartido, su trabajo requiere especial atención, lo cual sólo se ha reconocido en escasísimos casos. A poco más de cien años de la publicación de un libro con sabor a clásico, el objetivo de esta ponencia es, aunque sin pretender ser exhaustiva, recorrer algunos problemas nodales del mismo, estableciendo un balance preliminar sobre el aporte de esta obra y su relación con algunos debates actuales entre los más influyentes estudios del nacionalismo.

Debemos aclarar aquí que por una cuestión de espacio hemos decidido dejar afuera una serie de secciones de una versión preliminar de este trabajo dedicadas a estudiar algunos aspectos centrales del contexto intelectual, político y social austriaco previo al estallido de la Primer Guerra en el cual se inscribe la obra de Bauer. Se nos perdonara entonces que sólo enunciemos aquí de modo sumamente esquemático algunos de los elementos más relevantes del mismo, señalando la orientación de nuestra indagación al respecto, y que en todo caso desarrollemos estas cuestiones más extensamente en nuestra exposición oral:

1) La pertenencia de Bauer a un grupo de intelectuales y políticos miembros del Partido Socialdemócrata Austriaco, a los cuales se ha denominado posteriormente como “austromarxistas.” En una de las secciones no incluidas aquí discutimos

a la cuestión nacional. Por suerte, contamos con una traducción al español de algunos de sus escritos más importantes sobre el tema: Borojov, (1979). El texto cuenta con una muy buena introducción de José Luis Najenson.

⁵ Bauer, (1979).

fundamentalmente algunas trayectorias individuales,⁶ su grado de cohesión y su supuesto “kantismo” común.

2) La inserción del grupo dentro del particular campo del movimiento obrero, sindical y político socialdemócrata austriaco, movimiento de masas unificado bajo la coordinación del partido. En este caso analizamos los alcances de sus formas de organización y prácticas políticas, al tiempo que destacamos su orientación antirrevisionista y su táctica tendiente a vincular la lucha por la ampliación democrática con los fines socialistas.

3) Las particularidades del Imperio Austro-Húngaro, Estado multinacional que abarcaba a una muy variada cantidad de grupos con culturas e identidades bien diferenciadas, distribuidos territorialmente en algunos casos de manera relativamente clara, pero en muchos otros muy abigarrada. En vínculo con esto, la conformación de una estructura federal por parte del Partido, a fin de apaciguar las posibles tensiones que podría ocasionar la hegemonía de los alemanes sobre el resto (a partir del Programa de Brünn de 1899).⁷ Vale aclarar, de todas maneras, que esta solución sólo era efectiva para la mitad austriaca del Imperio, ya que la organización socialdemócrata era muy débil en la zona húngara (donde por otra parte el gobierno llevaba adelante una agresiva política de “magiarización” que contrastaba con la relativa tolerancia hacia las minorías en la zona austriaca).

4) En relación con lo anterior, y algo a lo que sí haremos mención explícita más adelante, la emergencia de un importante movimiento nacional checo a lo largo del siglo XIX,⁸ y su impacto dentro de la propia socialdemocracia, comenzó a poner en crisis hacia comienzos de siglo XX no sólo las bases del Estado multinacional, sino también la poco disimulable hegemonía alemana al interior del propio partido. Así, las vigorosas tendencias autonomistas checas abrieron una acalorada disputa que obligó a repensar el problema nacional y su relación con la organización partidaria. Es en este clima que Otto Bauer escribiría, a partir de un pedido de Victor Adler (líder del partido hasta su muerte en 1918), *La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia*.

⁶ Fundamentalmente las de Max Adler (1873-1937), Rudolf Hilferding (1877-1943), Karl Renner (1870-1950), Friedrich Adler (1879-1960), Gustav Eckstein (1875-1916) y el mismo Otto Bauer.

⁷ Las discusiones previas y redacción final del Programa de Brünn se encuentran en AAVV, (1978), 1ª parte, pp. 181-217.

⁸ Una aproximación de conjunto sobre el movimiento nacional checo puede encontrarse en Hroch, (1985), cap. 9.

La nación como comunidad de destino

“no se capta todo el fenómeno nacional sino por sus ambivalencias. Sin las ambivalencias, la visión necesariamente resulta truncada. Las ambivalencias, ya sean explícitas o implícitas, abundan siempre, en el interior de una misma concepción, entre concepciones competidoras o rivales.”⁹

Comenzaremos nuestro análisis de la compleja teoría contenida en la obra mayor de Bauer con una sintética exposición de los pasos argumentativos que allí se desarrollan para llegar a una definición de nación. La intención de este recorrido es detectar ciertas tensiones teóricas que, en rigor, nos colocan frente a la propia problematicidad del fenómeno nacional, emergiendo así el núcleo de la riqueza y la actualidad del texto. Se propone, en fin, una lectura instalada en las ambigüedades conceptuales, en la apertura a preguntas que aún hoy se hallan con una miríada de respuestas en pugna, determinadas en parte, como bien indica Gil Delannoï en la cita precedente, por las propias contradicciones de su objeto de estudio.

En busca de una definición satisfactoria de nación, Bauer parte de la existencia de diversidades “...que aparecen en la estructura básica del espíritu, en el gusto intelectual y estético, en el modo de reaccionar a los mismos estímulos, cosas en que fijamos la atención si comparamos la vida espiritual de las diferentes naciones, su ciencia y su filosofía, su poesía, música y arte plástica, su vida pública y social, su estilo y sus hábitos de vida.”¹⁰ Se trata de características culturales que diferencian a los miembros de diferentes naciones. Por eso las naciones se presentan, en primer lugar, como comunidades de carácter. Ahora bien, esta constatación, según Bauer, no nos explica de ninguna manera el obrar de los individuos de tal o cual nación: cada connacional tiene además de connotaciones comunes al resto, otras derivadas de su específico lugar de residencia, clase, profesión, etc. (que son otros tipos de comunidades de carácter), a las que se suman las propiamente individuales. De esta manera, Bauer critica a quienes intentaron, en su tiempo, construir estereotipos nacionales que explicarían las acciones individuales (en su opinión, esta perspectiva se ejemplifica con

⁹ Delannoï, Gil, “La teoría de la nación y sus ambivalencias”, en Delannoï y Taguieff, (1993), p. 9.

¹⁰ Bauer, (1979), p. 10. (la cita pertenece al prólogo a la segunda edición).

los estudios de Werner Sombart sobre los judíos). En síntesis, para Bauer la nación es una comunidad de carácter *relativa*, ya que es solamente una de las múltiples determinaciones del carácter individual.

Por otra parte, Bauer critica toda concepción sustancialista que mantenga la perdurabilidad del carácter nacional, sea desde lo racial o desde un enigmático “espíritu del pueblo” —según él, un “esencialismo metafísico” del romanticismo—, ya que “El carácter nacional es modificable. La comunidad de carácter vincula a los miembros de una nación durante determinada época, pero de ningún modo a la nación de nuestro tiempo con sus antepasados de hace dos o tres siglos.”¹¹ De esta manera, como indica Elías Palti, si bien Bauer sostenía la existencia de caracteres nacionales identificables, su rechazo a la idea de que éstos se encontraran inscriptos por siempre en cada nación en particular abrió una primera fisura en las versiones genealógicas de la nación.¹² Pero si estas versiones organicistas y cuasinaturalistas eran rechazadas por la mayoría de los miembros de la Segunda Internacional, la particularidad del análisis de Bauer consiste en su énfasis en que, lejos de tratarse de un mero constructo ideológico burgués, o un fenómeno real pero de importancia fundamentalmente táctica en tanto secundario frente al conflicto de clases, la conformación de las comunidades de carácter nacionales eran un hecho social (al decir de Durkheim), cuya emergencia provenía de causas profundas que merecían ser indagadas desde el marxismo: “El carácter nacional no es una explicación, sino algo por explicar. Con la constatación de la diferencia entre los caracteres nacionales la ciencia no ha resuelto el problema de la nación, sino que sólo lo ha planteado.”¹³ De esta manera asumió la problematicidad de la nación como objeto de estudio, surgiendo de allí su preocupación por desarrollar una teoría explicativa de lo nacional.

El punto nodal de ésta teoría pasaba por concebir a la nación como una trama diacrónica, en un desarrollo fundamentado sobre bases “materialistas”. En ella la existencia de la comunidad de carácter nacional no significa que los individuos de una nación sean similares entre sí, sino que sobre cada connacional actuó la misma fuerza, siendo esta fuerza la historia de un grupo humano en su lucha por la existencia. Así, “...la concepción materialista de la historia puede comprender a la nación como el producto jamás finiquitado de un proceso que se opera permanentemente, y cuya última

¹¹ Ibid., p. 25.

¹² Palti, (2002), pp. 10-11.

¹³ Bauer,(1979), p. 27.

fuerza motriz son las condiciones de la lucha del ser humano con la naturaleza, las transformaciones de las fuerzas productivas humanas, las modificaciones de las relaciones de trabajo humanas. Esta concepción hace de la nación lo histórico en nosotros.”¹⁴ Aunque Bauer no explicita en su libro la definición de fuerzas productivas, su análisis se resiste a una interpretación economicista. La ascendencia común¹⁵ y fundamentalmente la conformación de una comunidad de tradición cultural (costumbres, usos, religión, etc.), son, según este autor, las dos modalidades mediante las cuales la historia común —el determinante básico— se sirve para ser eficaz, y “construir” el carácter nacional.

Queda conformado así un sistema que enfáticamente coloca a la historia en común como explicación última del singular carácter de cada nación. En el mismo, cada uno de los elementos que tradicionalmente se esgrimían como signos de nacionalidad (territorio, ascendencia, lengua, costumbres, etc.), se ordenan jerárquicamente en un esquema que aclara la relación de recíproca dependencia entre ellos. De allí se entiende la crítica de Bauer a las teorías sobre la nación que enumeran sin sistematizar a esos elementos (el autor las denomina teorías “empíricas”). Finalmente, se trata de aproximaciones que sólo describen formalmente, sin explicar, el fenómeno, con el agravante de que ese formalismo implica desconocer casos en los cuales no se presenta alguno de los elementos de la definición de nación que se considere.¹⁶ De aquí se desprende también la crítica a la teoría kautskiana del “nacionalismo por lengua en común”,¹⁷ ya que, para Bauer, la lengua es un elemento importante, pero no más que un medio de la comunidad de comunicación, parte a la vez de una comunidad de cultura.¹⁸

¹⁴ Ibid., p. 131.

¹⁵ Bauer no rechaza de plano el componente biológico para su explicación de la nación, sino las teorías de tipo determinista, que colocan una aptitud nacional ahistórica que deviene de una composición genética especial. Según sostiene, son las condiciones de vida de los hombres (relaciones entre ellos y con la naturaleza), las que, tamizadas por un proceso de selección natural, dan lugar a una cierta composición genética que vuelve a reaccionar con lo social. Así, “Las cualidades heredadas por una nación son nada más que el precipitado de su pasado o, como quien dice, su historia congelada.” Ibid., p. 40.

De todas maneras, para Bauer es la comunidad cultural, y no la ascendencia común, lo definitorio para la conformación de una nación. Así, por ejemplo, una comunidad de ascendencia común puede según él conformar más de una nación, y comunidades de diversa ascendencia natural fusionarse en una unidad cultural.

¹⁶ Bauer sigue también aquí la tradicional crítica al objetivismo que popularizó Renan, aunque sin adherir a sus conclusiones: ante cada factor objetivo que se enuncie como esencial para la definición, pueden citarse contraejemplos de naciones en los cuales el mismo no se presenta. Se sigue de aquí la distancia con respecto a la definición “objetiva” de nación de Stalin.

¹⁷ Kautsky —cuyas posiciones fueron cuanto menos hasta 1914 dominantes en el campo socialdemócrata— concebía a las naciones como un fenómeno burgués, cuya condición material de posibilidad era contar con un mercado unificado, y cuyo principal instrumento era la lengua en común. El interés de Kautsky por el problema fue temprano: en 1887 escribió el artículo “La nacionalidad moderna”, en el cual analiza qué es una nación desde un enfoque socio-histórico. [Existe traducción al

Como se ve, comunidad es un concepto central de este análisis, concepto de amplia difusión en el medio alemán y que Bauer toma, aunque con ciertos cambios, de la famosa obra *Comunidad y Sociedad* de Ferdinand Tönnies.¹⁹ Mientras la sociedad (*gesellschaft*) se caracteriza por conformarse a través de una vinculación por normas “exteriores” (como la moral, el derecho, la lengua, etc.), la comunidad (*gemeinschaft*) surge por la acción duradera de una misma fuerza, el mismo modo de existencia o el mismo destino, transformándose en un vínculo intrínseco, y por lo tanto una voluntad esencial.²⁰

En su ensayo “Observaciones sobre la cuestión de las nacionalidades” (1908), Bauer aclara que detrás de su libro subyacía la idea de basarse en una sociología formal, que distinguiera las diferentes formas de asociaciones o instituciones sociales que median entre “el desarrollo de los procedimientos laborales y las relaciones de producción con las manifestaciones concretas de la conciencia individual que, en rigor, son las manifestaciones empíricas inmediatas de la historia.”²¹ Aunque la elaboración de esta proyectada doctrina de las formas sociales finalmente no se concretó, en el libro sobre las nacionalidades contamos sin dudas con un esbozo de la misma. Para Bauer, la nación es la fundamental comunidad social en la que se manifiesta acabadamente el carácter social humano. Y esto se debe a que se trata de una comunidad de cultura cristalizada a partir de una historia en común. Pero al mismo tiempo, la nación es un fenómeno fluido reconfigurado constantemente en el presente. De esta manera en ella se conectan las dimensiones pasadas y contemporáneas, el carácter histórico y las experiencias presentes.²² Llegamos así a la definición definitiva de nación: “Nación es

castellano, en AAVV, (1978), 1ª parte]. Posteriormente, entre 1908 y 1917 publicó un importante número de trabajos sobre el tema, sin grandes variaciones con respecto a sus posiciones iniciales.

¹⁸ Se trata de una herramienta mediante la cual se crea y conserva, a través de una comunidad de comunicación, la comunidad cultural, y funciona como regulación exterior (Bauer reconoce igualmente que la lengua no es sólo un medio, sino también un bien cultural determinante del carácter nacional). Lo mismo ocurre con la región o residencia común: Puede ser condición de existencia de una nación, pero sólo en la medida en que sea condición de una comunidad de destino.

¹⁹ Tönnies, (1947). [original de 1887].

²⁰ Bauer define de la siguiente manera ambos conceptos: “Yo veo la esencia de la sociedad en la cooperación de los seres humanos bajo un estatuto exterior, y la esencia de la comunidad en el hecho de que el individuo, en cuanto a su ser espiritual y físico, es producto de innumerables interacciones entre él y los demás individuos ligados en una comunidad, y por ende forma de manifestación del carácter comunitario en el carácter individual.” Bauer, (1979), p. 134. Una definición más extensa se encuentra en Bauer, (1978c), pp. 173-174.

²¹ Ibid., p. 173.

²² Vale la pena destacar la importancia de este punto de la teoría baueriana, que puede relacionarse con la tensión entre pasado y presente señalada actualmente por Homi Bhabha para el espacio imaginario del pueblo. Así, sostiene este autor, a partir de la tensión entre lo constativo y lo performativo la nación emerge a la vez como “objeto” y “sujeto”: “el pueblo de la nación debe ser pensado en doble tiempo; los pueblos son los “objetos” históricos de una pedagogía nacionalista, que le da al discurso una autoridad

un conjunto de seres humanos vinculados por una comunidad de destino (*schicksallgemeinschaft*) en una comunidad de carácter”.²³ Y “Comunidad no significa mera homogeneidad...comunidad de destino no significa sometimiento a un mismo destino, sino vivencia común del mismo destino, en permanente comunicación y continua interacción recíprocas.”²⁴ Por eso, la nación se diferencia de otros conjuntos de carácter internacional como la clase social o profesión, determinadas por experiencias comunes (homogeneidad de destino) pero sin la misma densidad de comunicaciones e interacción.

Fundamentos de la nación

Nos encontramos entonces con una aparente paradoja: mientras podríamos afirmar que el énfasis de Bauer en el concepto de comunidad de destino conlleva una concepción que al historizar sobre determinantes sociales a la nación lo distancia de todo sustancialismo nacionalista (la historia en común funciona como base de la conformación de las naciones), su afirmación de que las naciones son las formas de comunidad fundamentales en la mediación entre las estructuras económicas y el individuo lo posiciona cercano a un formalismo apriorista que difumina el carácter histórico ya no de los específicos contenidos de cada nación, sino de las formaciones nacionales en sí.²⁵ De hecho, en *La cuestión de las nacionalidades...* se presenta un “grandioso cuadro histórico” en el cual desde el “comunismo clánico germánico”, hasta en el futuro socialista, la comunidad nacional ocupa un lugar primario como formación social humana. Si bien Bauer no se ocupa de analizar otras formaciones precapitalistas fuera de aquellas que antecedieron a la nación alemana de época capitalista, pareciera que para él la comunidad nacional es un fenómeno transhistórico, sustentado en determinantes antropológicos inmanentes, existente en el pasado remoto y cercano, y no un fenómeno emergente en el contexto de la modernidad y el desarrollo capitalista.

basada en un origen previamente dado o históricamente constituido en el *pasado*; los pueblos son también los “sujetos de un proceso de significación que debe borrar cualquier presencia previa u originaria del pueblo nación para demostrar los prodigiosos principios vivientes del pueblo como contemporaneidad, como signo del *presente* a través del cual la vida nacional es redimida y repetida como proceso reproductivo.” [Bhabha, (2002), p. 182]. Puede consultarse un excepcional análisis de esta tensión, presentada en un principio en las reflexiones teóricas sobre qué es una nación, y ya en los debates contemporáneos en el nivel de las representaciones sobre la misma, en Palti, (2002).

²³ Bauer, (1979), p. 142.

²⁴ Ibid., p. 121.

²⁵ Este punto es destacado por Mármora, (1986), pp. 203-204

Y es que efectivamente, para Bauer la nación, “no existe en virtud de un estatuto exterior, sino que por lógica, y no históricamente, preexiste a todo estatuto.” No es casual que como nota a esta afirmación Bauer cite a Max Adler, ya que puede inferirse que creía que la nación era la formación social en que se concretizaba en el ámbito cultural el ser social del hombre, un atributo constitutivo de la conciencia que Adler conceptualizó, en clave neokantiana, como “*a priori* social” (o sea, un atributo trascendental no histórico, sino condición previa a la experiencia donde se sustenta la universalidad de la ciencia).²⁶ De acuerdo con esto, Bauer agregaba que si bien la interacción y cooperación humana que da lugar a la ciencia se basa en normas necesarias (lo contrario lo haría recaer en una suerte de relativismo cultural radical), al pasar al ámbito cultural nos encontramos con que estas normas son “exteriores”, ya que la humanidad en cuanto género no es una comunidad.²⁷ De allí se sigue que el carácter social del hombre se presente en concreto en formaciones de “recíproca interacción general”, y en su opinión la nación, en cuanto comunidad de destino, era aquella en que esta estructura primaria se encontraba en su máximo grado de desarrollo.

Sin embargo, es necesario aclarar que además de historizar los concretos contenidos culturales de las naciones, Bauer reconoce diferencias cualitativas en las etapas históricas de las mismas, determinadas por las formaciones económico-sociales del caso. Por otra parte, su análisis destaca ejemplos de extinción o disgregación, así como de unificación o emergencia de comunidades nacionales, por lo que debe tenerse en cuenta que Bauer no adscribía a un evolucionismo organicista para explicar el desarrollo de cada nación existente. Y pese a esto, si tanto la existencia como las características de las naciones concretas son, en cuanto “precipitados históricos”, contingentes, la forma social nacional parece presentarse, pese a todas sus variantes, como necesaria, por encontrarse fundamentada en el carácter social humano.

Pero ¿en que consiste exactamente esta “necesidad” de la forma nacional para Bauer? Dado que éste no podía desconocer la existencia de otras formaciones sociales en la historia, formaciones que incluso prevalecieron en determinados periodos y

²⁶ Así, en su libro *Causalidad y teleología en la lucha en torno a la ciencia* (1904), Max Adler sostiene que “la peculiar naturaleza del pensamiento humano, en virtud de la cual es tanto una conciencia separada e individual como también una manifestación de la conciencia en general, constituye la base trascendental que hace posible la interacción y cooperación de los seres humanos en el proceso de alcanzar el conocimiento de la verdad. Pues sólo de esta forma lo que es intelectualmente necesario llega a ser universalmente válido, y hay así una comunidad de existencia humana (*Verbundenheit menschlichen Wesens*) con la que puede relacionarse toda conciencia individual, en su interrelación con las demás, como a una unidad que las abarca a todas” [citado en Kolakowski, (1982), p. 259].

²⁷ Bauer, (1978c), p. 173.

espacios sin siquiera solaparse con aquellas que concebía como nacionales, resultaba imposible postular esta necesidad en términos de efectiva universalidad histórica (cabe destacar, de todas maneras, que en *La Cuestión de las nacionalidades...* no se analizan casos de este tipo). Nos referimos aquí, sobre todo, a las comunidades locales, mucho más estrechas que una nación, pero al fin y al cabo también plausibles de presentarse como comunidades de destino. En su libro, Bauer intentó delimitar las diferencias entre estos dos tipos de comunidad, pero lo hizo en casos en que las comunidades locales se hallaban “dentro” de la nación, con tendencias hacia la autonomización étnica y cultural. De allí que su solución haya sido presentarlas como “fases evolutivas hacia la nación”, bien sea por su final separación y conformación como naciones autonomizadas del tronco común —es el caso de los Países Bajos, desgajados del “cuerpo global de la nación alemana”— o por su integración en unidades más amplias (nacionales) a partir de un proceso en el cual el estrechamiento de vínculos culturales entre las clases dominantes conforma una comunidad entre los cultos, embrión de la nación que posteriormente incluirá a las clases subalternas (aunque como veremos más adelante, resulta crucial en la teoría baueriana el énfasis en que esto nunca termina de darse del todo en una sociedad de clases). Siendo así, la nación no podría confundirse con las más estrechas comunidades locales que incluye, ya que éstas últimas “jamás forman una comunidad natural y cultural que se autodetermine y esté determinada por su propio destino, sino que se hallan en estrecha comunicación con la nación global y por ende también están determinadas por el destino de ella”.²⁸

La “necesidad” de la forma nacional se concibe por tanto como una determinación ontológica del ser social. Pero esto no significa que las naciones deban presentarse en todo espacio y lugar, sino que sólo mediante su existencia puede desarrollarse una característica sustancial humana, como lo es para Bauer una cultura orgánica. O sea que, la condición de posibilidad para la emergencia de una comunidad nacional como formación social proviene de esta característica sustancial. El problema de esta formulación es que parece colocar como finalidad necesaria el desarrollo de un tipo de cultura que, de hecho, sólo puede darse en comunidades más amplias que las que caracterizan a las comunidades locales. Además, desconoce la posibilidad de que otros tipos de comunidad más amplias que las nacionales alcancen el mismo grado de organicidad, autodeterminación e intercomunicación interna, bajo un tipo de

²⁸ Bauer, (1979), p. 142.

estructuración, en cuanto comunidad, distinta a la nacional. Así, no existiría tampoco según Bauer la posibilidad de superar el horizonte trazado por la forma nacional, siendo esta la consumación final de la socialización humana, más allá de que se den modificaciones en su contenido.

La emergencia de las naciones modernas

Hemos delimitado, por tanto, la tensión teórica que presenta la formulación baueriana entre, por un lado, la postulación de raíces neokantianas de un *a priori* social humano que en cuanto fundamento antropológico inmanente determina las condiciones de posibilidad para la conformación de comunidades nacionales y, por otro lado, una perspectiva historicista no evolucionista que destaca la necesidad de que se presenten una serie de condiciones para que la forma nacional se efectivice. Es interesante destacar aquí que la posible resolución hegeliana a esta tensión era rechazada por Bauer, quien creía que era preciso escapar de una versión historicista organicista (un desarrollo ya contenido en el germen) para defender una perspectiva materialista, donde la contingencia ocupaba un rol central, ya que “en el destino de la nación no domina ningún espíritu universal racional que haga de lo racional un ente y del ente algo racional, sino la ciega necesidad de la lucha por la existencia.”²⁹ Así, la precondition antropológica que constituye la base de su explicación debe complementarse con una exposición histórica que fundamente de que manera pudo finalmente concretizarse una socialización acabada bajo la forma de comunidades de destino nacionales. A esto debe sumarse que Bauer enfatiza la distinción cualitativa entre las formaciones nacionales premodernas —su referencia es el “comunismo clánico” basado en la mera comunidad de ascendencia— y la nación moderna —donde la integración cultural no se encuentra determinada por factores biológicos—. De aquí se sigue, por tanto, la importancia que adquiere en su libro el esclarecimiento sobre el proceso de constitución de las naciones. Y es en la exposición de este proceso donde, según nuestra interpretación, encontramos los elementos más penetrantes de la teoría baueriana, relativizándose el peso de una crítica rápida por sus rasgos esencialistas —crítica que, si se ha seguido nuestra exposición, se verá no creemos de todas maneras injustificada—.

²⁹ Ibid, p. 152.

En *La Cuestión de las nacionalidades...* nos encontramos con abundantes páginas que ilustran la manera en que la evolución económico-social europea determinó la conformación de las primeras naciones modernas. Así, Bauer destaca como, ya en el seno del feudalismo, se produjeron procesos de integración (y diferenciación) cultural entre las clases dominantes, surgiendo las primeras comunidades lingüísticas vinculadas por lenguas vernáculas (en un principio de ninguna manera excluyentes). El desarrollo de la producción mercantil y la economía dineraria, así como la progresión en la centralización estatal que se profundiza a partir de la baja Edad Media, serían las bases sobre los que se fundamenta este proceso. Ya más adelante, el desarrollo capitalista, fundamentalmente a través de la movilidad social y espacial, posibilita la ampliación y profundización de las bases nacionales. En vínculo con esto, la consolidación de los Estados genera estructuras burocráticas, sistemas escolares, ejércitos, etc. que intensifican esta tendencia. Finalmente, indica Bauer, la democracia y el sufragio universal permiten la participación de las masas en una cultura que cada vez más se delimita en términos nacionales.

Esta explicación sobre el proceso —que sintetizamos brevemente por razones de espacio— nos sorprende por su agudeza y profundidad, sobre todo si tomamos en cuenta la escasa y pobre literatura sobre el tema en el tiempo en que fue producido. Así, según Miroslav Hroch, uno de los más importantes especialistas sobre los movimientos nacionales en Europa, Bauer fue el primero —y en esto aventajaría incluso a muchos teóricos actuales sobre el tema— en comprender la relación entre el proceso de conformación nacional y las transformaciones sociales generadas por el desarrollo capitalista.³⁰ Por eso, en nuestra opinión, aún reconociendo la tensión teórica existente por el apriorismo defendido por Bauer, es posible una lectura que rescate su explicación histórico social sobre las condiciones de posibilidad para el surgimiento de las naciones.

Pero además, según lo visto hasta aquí, la teoría baueriana sobre la nación permite vislumbrar otro aspecto relevante sobre la emergencia de las naciones que forma parte de uno de los principales debates actuales sobre el tema. Así, el distanciamiento de Bauer de todo sustancialismo evolucionista, fundado en su insistencia sobre el carácter cambiante de los contenidos de las comunidades de destino, y donde la contingencia histórica es el sustrato sobre el cual se fundamenta la existencia nacional, se articula con un vivo interés por indagar el complejo proceso a partir del

³⁰ Hroch, (1993), p. 11.

cual las formaciones prenacionales se transforman en naciones. Según su punto de vista, entonces, si bien no existiría ninguna necesidad en los procesos de integración y disgregación que llevan a la conformación de una nación en concreto, sólo analizando el modo en que la historia (concebida en forma materialista, como el resultado de una serie discontinua) conformó un determinado “precipitado”, una determinada configuración nacional, se comprenden tanto sus específicos contenidos como las razones de su existencia. De allí que su teoría se nos presenta como un antecedente fundamental de aquellas que actualmente remarcan la importancia de analizar el proceso de formación nacional e identidades nacionales en relación con ciertas precondiciones dadas por la existencia de un pasado en común. Esta posición —denominada generalmente “primordialismo”, y que se estableció en oposición al “modernismo”, abriendo uno de los más vigorosos debates dentro del campo de estudios sobre las naciones y el nacionalismo— rechaza la idea de mera continuidad o evolución; pero aún reconociendo el carácter moderno de las naciones, cuyo surgimiento implicaría la conformación de comunidades cualitativamente distintas a las de su pasado premoderno, se pregunta sin embargo sobre por qué fueron concretamente sólo algunas las que lograron constituirse con éxito.³¹

La nación como proyecto

³¹ El nombre de “primordialismo” fue acuñado por Anthony Smith (tal vez el especialista sobre naciones y nacionalismos más prestigioso en la actualidad) para describir una posición crítica frente a las teorías “modernistas” que dominaron el campo a partir de la década de los ‘80. Con Ernest Gellner y Eric Hobsbawm como parte de sus más importantes representantes, los modernistas enfatizan el carácter reciente (a partir del siglo XVIII) y de “artefactos construidos” de las naciones. Así, en su libro clásico, Gellner remarca el carácter arbitrario y contingente de los rasgos nacionales, que finalmente no son más que el resultado de una obra de ingeniería política y cultural de los nacionalismos: “el nacionalismo engendra las naciones, no a la inversa”. [Gellner, (1988), p. 80]. Se trata en fin, de una posición “creacionista”, que enfatiza el hecho de que fueron las condiciones modernas —descriptas por cada uno de los representantes de muy diversa manera— y la política nacionalista los factores que explican la existencia (ideológica o imaginaria, lo cual no significa necesariamente falsa) de las comunidades nacionales. Ahora bien, según Smith, el problema del modernismo es que, en su afán por invertir los argumentos clásicos de los nacionalistas, desconocen la relevancia de las tradiciones y herencias preexistentes sobre las que opera el nacionalismo moderno. Así, si es imposible defender la idea del carácter inmemorial de las naciones (a esta posición Smith la denomina “perennialista”), es sin embargo fundamental tener en cuenta la articulación (que de ninguna manera implica continuidad) de las identidades y comunidades étnicas premodernas con la nación moderna. La cercanía del argumento de Smith con la concepción baueriana se vuelve aún más evidente al leer un importante artículo (en el cual no se cita a Bauer en ningún momento) en el cual éste defiende una perspectiva “geológica” para la cual “la situación contemporánea de la nación se explica como el resultado, el precipitado, de las experiencias y expresiones pasadas de todos sus miembros.” [Smith, (1997b), p. 51]. A propósito de estas discusiones, puede verse el muy interesante debate que llevaron adelante Gellner y Smith en un encuentro realizado en la Universidad de Warwick en 1995, y que fue transcripto en *Nations and Nationalism*, 2:3, 1996, pp. 357-388.

Una vez definida la nación como comunidad de destino, y explicadas las condiciones que posibilitaron su emergencia en su forma moderna, Bauer intenta demostrar por qué, en verdad, ésta es aún una realidad contradictoria e inacabada, trabada en su posible devenir de comunidad totalizadora. Es que para él, de hecho, el proceso de conformación de las naciones modernas se encontraba limitado por el mantenimiento de la explotación y la estructuración en clases propias del capitalismo. Desde este punto de vista argumentaba que, si bien el círculo que participaba en la cultura nacional se había ampliado cada vez más desde su primera existencia bajo la forma de cultura de la nobleza y burguesía feudales, aún a comienzos del siglo XX esta cultura continuaba siendo en el fondo la de las clases dominantes, ya que "...las grandes masas no pertenecen a la nación, que únicamente puede ser comprendida como comunidad cultural, sino que sólo son las tributarias de la nación, en cuya explotación descansa, por supuesto, el soberbio edificio de la cultura nacional, del que a su vez siguen estando excluidas."³² Si la explotación económica impedía la plena integración de las clases trabajadoras a la comunidad cultural nacional, también lo impedía la necesidad de las clases dominantes de defender esa explotación; por eso, según Bauer, si bien instituciones como la escuela y el ejército implicaban una nacionalización de las masas, su carácter conservador al mismo tiempo relegaba a las mismas de la posesión de la "alta cultura" espiritual. Lo mismo ocurría, en su opinión, con la democracia, "el amor juvenil de la burguesía y el miedo de su senectud", retaceada de mil maneras ya que podía convertirse en instrumento de poder para las clases subalternas. De aquí se extraía, entonces, un programa que sorprendentemente, y distanciándose de toda una tradición del pensamiento marxista, vinculaba la crítica al capitalismo y la lucha por la democratización con el desarrollo de las culturas nacionales. En esta concepción, sólo el socialismo permitiría que las clases subalternas aseguraran la satisfacción de sus necesidades vitales inmediatas, tuvieran tiempo de ocio, contaran con una verdadera educación "formativa", etc.; también allí se daría por primera vez una plena autonomía y la posibilidad de una voluntad colectiva conciente realizándose en la historia, por lo cual se produciría, en contra de la opinión marxista convencional, una creciente profundización y delimitación de las diferencias nacionales.³³

³² Bauer, (1979), p. 67.

³³ Por supuesto, rápidamente surgieron críticas a esta posición desde el centro (Kautsky) y la izquierda (Josef Strasser, entre otros) de la Segunda Internacional. Se sostenía que la tendencia a la homogeneización cultural internacional volvía cada vez más reaccionarios a los movimientos nacionales, y que por tanto era necesario mantener la tradicional oposición entre nacionalismo burgués e

Según Bauer los partidos socialdemócratas debían defender por tanto una posición en la cual las luchas sociales se articularan con el objetivo de integración interna de la nación. Esta política, que denominaba “evolucionista-nacional” tendría por objetivo tanto una ampliación de la democracia (igualdad en el sufragio, libertad de prensa, reunión y asociación, etc.) como las mejoras educativas y económicas, diferenciando y oponiéndose a aquella orientación “conservadora nacional” que sólo intentaba conservar la peculiaridad nacional para mantener el orden social existente. De esta manera, se profundizaría el proceso de conformación nacional al irse ampliando la participación de las clases subalternas en la cultura nacional, propiedad por el momento de las clases poseedoras.

A pesar de la innegable originalidad y agudeza política de este énfasis de Bauer sobre la necesidad de articular la lucha por la apropiación de la cultura nacional con las tradicionales reivindicaciones socialdemócratas, debe señalarse que resultaba una conclusión derivada de algunos presupuestos que consideramos sumamente controversiales. Así, por ejemplo, se sostiene la idea de superioridad de una “alta cultura” nacional que no es problematizada en ningún momento (muchos pasajes del libro dejan traslucir que el término “alta cultura” no sólo se atribuye por su mayor amplitud y “autodeterminación” en relación con las culturas locales, sino también de modo valorativo). Pero más importante, tampoco se problematiza el hecho de que la cultura nacional se encuentra cruzada por relaciones de poder y dominación, lo cual hubiese obligado a plantear de manera mucho más compleja que mediante la “lucha por la apropiación” su vínculo con las clases subalternas. Sin embargo, en su afán por destacar el hecho de la exclusión del goce de la “alta cultura” nacional por parte de las clases explotadas, y de polemizar contra las posiciones marxistas que sólo veían a la nación como un instrumento de dominación burguesa, Bauer eludió tratar la función de articulación social de la nación en el capitalismo, fundamentada justamente en una

internacionalismo proletario. La respuesta de Bauer consistió entonces en destacar que si bien la tendencia a la internacionalización de la cultura bajo el capitalismo era una realidad, debía tenerse en cuenta que este proceso sólo operaba sobre las estructuras nacionales, por lo cual, en verdad, se producía una particular asimilación, elaboración y adaptación de aquellos elementos exógenos por parte de cada grupo nacional, sin que por esto perdiesen su particularidad; a este hecho lo denominó “apercepción nacional”, y en su opinión la consecuencia política de no reconocerlo sería que la izquierda adhiriese a un peligroso “cosmopolitismo ingenuo” que dejaría en manos del nacionalismo la iniciativa para la resolución de los problemas nacionales. En sus propias palabras, “El internacionalismo no puede volverse culpable de la incompreensión del significado histórico de las naciones y de las luchas nacionales si no quiere empujar a más de uno en brazos del nacionalismo.” [Bauer, “El obrero y la nación”, en AAVV, (1978), 2ª parte, p. 255]. Para Bauer, en fin, el socialismo debía asumir que su lucha por la superación de la sociedad de clases y la democracia se complementarían, y no opondría, al desarrollo de las particularidades nacionales.

integración y cohesión de todas las clases de la sociedad, sea como individuos o colectivamente como sujetos subalternos. Nos referimos al hecho, acertadamente remarcado por Mármora, de que una de las principales características de la nación es la de conformarse como un sistema de hegemonía.³⁴

En realidad, podría decirse que este problema se vincula con la concepción de Bauer sobre la categoría de comunidad, la cual, como ya vimos, se concebía en términos de horizontalidad y reciprocidad. Por eso, las relaciones verticales de dominación sólo podían ser externas a la misma. La lucha de clases aparecía entonces articulada a la nación sólo en el sentido de que era necesario lograr que la comunidad nacional se ampliase y profundizara. El problema, sin embargo, es que de esta manera se perdía de vista el proceso contradictorio de integración y dominación al que precisamente alude el concepto de hegemonía, y que en nuestra opinión es una dimensión crucial del fenómeno nacional.

La crítica al subjetivismo

Además del sustancialismo en su forma materialista o espiritualista, en el contexto de elaboración del libro de Bauer existía otra teoría que contaba con numerosos adherentes. Nos referimos al denominado subjetivismo, teoría que incluso reconociendo la necesidad de que se presentasen algunos factores objetivos en que basarse, insistía en que lo distintivo de la nación era la conciencia o voluntad comunitaria. En su famoso texto *¿Qué es una nación?*, Ernest Renan sintetizaba esta posición: “Una nación es, pues, una gran solidaridad constituida por el sentimiento de los sacrificios que se han hecho y de los que aún se está dispuesto a hacer. Supone un pasado, pero se resume, sin embargo, en el presente por un hecho tangible: el consentimiento, el deseo claramente expresado de continuar la vida común. La existencia de una nación es (perdónenme la metáfora) un plebiscito de todos los días...”³⁵

En su libro, Bauer dividía a las teorías subjetivistas en dos líneas: una psicológico-intelectualista, que encuentra en la conciencia de copertenencia y de diversidad de un grupo lo que distingue y constituye a una nación; otra, psicológico-voluntarista, y cuyo máximo exponente sería el mismo Renan, que localiza los

³⁴ Mármora, (1986), pp. 172-187.

³⁵ Renan, (2000), p. 65. Una lectura atenta de este texto clásico complejiza su común adscripción a un simple “voluntarismo”. Véase Palti, (2002), pp. 67-84.

fundamentos de la nación en la voluntad de unidad y libertad política. Bauer criticaba ambas líneas, ya que no explicarían por qué se es consciente de pertenecer o se tiene la voluntad de unión a cierto grupo determinado; y específicamente al voluntarismo porque no daría cuenta de aquellos casos en que la voluntad de unidad política no se corresponde con criterios nacionales.

La primera objeción descansa en la comprobación de que, a pesar de la importancia que pudieran tener los factores subjetivos para la existencia nacional, éstos no se dan sobre el vacío, sino sobre una concreta historia que delimita las fronteras, contenidos y alcances de la comunidad nacional. Pese a lo atinado de esta crítica, debe remarcarse aquí que Bauer la fundamentaba en una concepción sobre la nación en la cual, en su límite, la existencia nacional no dependería de la conciencia subjetiva, ya que los individuos podrían encontrarse determinados por la cultura nacional sin necesidad de tener conciencia de copertenencia o voluntad de unión con los connacionales.³⁶ Esta sorprendente posición, era necesaria para fundamentar su ya mencionada convicción acerca de la existencia de naciones (bajo la forma de comunidades de ascendencia) en el período premoderno. Pero aún si, como argumentáramos anteriormente, este aspecto de su teoría puede relativizarse debido a que al mismo tiempo se señala la abrupta diferencia cualitativa y discontinuidad entre este tipo de comunidades de destino y la nación moderna —una de cuyas características fundamentales es justamente la aparición de una conciencia de pertenencia, debida a una serie de de experiencias entre las que se destacan la mayor densidad de comunicaciones y el contacto con extranjeros—, no puede dejar de señalarse que implica un serio déficit, en nuestra opinión el más importante del libro.

Es necesario sin embargo precisar que esta falencia de la teoría baueriana sólo se nos presenta tan claramente debido a la importancia que adquiere el carácter identitario en las concepciones contemporáneas sobre el fenómeno nacional. En este sentido se han orientado trabajos ya clásicos, como los estudios de Anthony Smith sobre las identidades nacionales o los de Benedict Anderson, en los cuales se enfatiza el carácter “imaginado” de la nación. Incluso se podría afirmar que gran parte de los debates

³⁶ Esta posición permite a Bauer establecer una diferenciación entre formar parte de una nación, tomar conciencia de esa pertenencia, y el sentimiento que en general acompaña a esa conciencia. Para él, la conciencia nacional nace primariamente del contacto con medios y personas extrañas a la nación, y el sentimiento nacional del displacer que se siente generalmente ante el choque con elementos extraños al propio sistema de representaciones, determinado nacionalmente. Y así, podemos afirmar que mientras el primer punto colocaría a Bauer en una “antigua” problemática de la conciencia, el segundo lo acerca a una perspectiva ampliamente compartida en la actualidad, según la cual la identidad se establece como una función relacional, en tanto diferencia respecto a Otro.

actuales se centran en la discusión sobre el carácter de las representaciones de la nación.³⁷ En el contexto de producción del libro de Bauer, en cambio, aún se operaba con categorías como conciencia, voluntad, etc., sustentadas sobre una concepción de las subjetividades muy alejada de aquella que ya más avanzado el siglo XX, con el desarrollo de las teorías sobre las ideologías e imaginarios, llegaría a convertirse en un punto de partida casi ineludible dentro de las ciencias sociales. Debemos por tanto tener presente nuestra distancia con los horizontes conceptuales en los cuales se inscribe la concepción baueriana, a fin de evitar el anacronismo.

Continuando con los argumentos de Bauer, luego de presentar esta objeción general al subjetivismo, intenta refutar su específica variante que liga la existencia nacional a la voluntad de unidad política. Para esto, expone los casos de naciones que tienen por voluntad pertenecer a colectividades más amplias (por ejemplo, miembros de algunas minorías en Estados multinacionales) y de miembros de naciones que, divididos en varios Estados, no desean la unificación nacional bajo un mismo cuerpo político (como el caso de muchos alemanes en Austria). Aquí Bauer critica aquello que desde el siglo XIX fuera conocido como principio de nacionalidad: todo grupo nacional debía contar con su propio Estado, y cada Estado abarcar una sola nación.³⁸

³⁷ Ejemplo de esto es la discusión en torno al carácter de las “tradiciones inventadas” por los nacionalistas. Así, Anderson crítica a Gellner, quien en su opinión “está tan ansioso por demostrar que el nacionalismo se disfraza con falsas pretensiones que equipara la “invención” a la “fabricación” y la “falsedad”, antes que a la “imaginación” y la “creación”.” [Anderson, (1993), p. 24]. A esta crítica, que se fundamenta en el reconocimiento de que las representaciones sobre la nación son una efectiva realidad social y no una mera ficción o mito debe agregársele el hecho de que las identidades (incluida la nacional) conforman una estructura dinámica y conflictiva consistente en un conjunto de prácticas en las cuales el sujeto se configura permanentemente. En este sentido se orienta la perspicaz relectura de Partha Chatterjee a los textos de B. Anderson, señalando el carácter diferencial, “en tiempo heterogéneo” de las identidades nacionales, según el sujeto individual o colectivo (siempre concretamente situado) de que se trate. Al respecto, véase Chatterjee, (2008), p. 62.

³⁸ Vale recordar que hasta el fin de la primera guerra, cuando la autodeterminación nacional entendida como separación política se impuso como único criterio de legitimidad de los Estados —aplicándose a las múltiples naciones surgidas por el desmembramiento de los antiguos imperios multinacionales, pero no a las colonias europeas— esta interpretación debió enfrentarse a aquella más antigua que tomaba en cuenta criterios mucho más precisos para legitimar la necesidad de un Estado propio para las naciones subsumidas dentro de entidades políticas más amplias (un espacio económico con cierta capacidad de autarquía, la existencia de una antigua elite cultural, la asociación con una tradición estatal propia, etc.). Ya desde el último cuarto del siglo XIX esta última concepción había comenzado a entrar en crisis debido al surgimiento de consistentes movimientos nacionalistas que, sobre todo en Europa central y oriental, lograron la adhesión de amplios sectores de la población, convirtiéndose en movimientos de masas que resultaban ser un preocupante factor de desequilibrio dentro del concierto político europeo. Pero en fin, no fue hasta Versalles cuando quedó en claro el triunfo del principio político de congruencia entre unidad nacional y política, y gran parte de las posiciones de Bauer sólo son comprensibles si las colocamos en el particular contexto previo a la crisis final de los Estados multinacionales.

Sin dudas, *La cuestión de las nacionalidades...* tenía como objetivo político explícito fundamentar la política de la socialdemocracia austriaca a favor de la autonomía cultural, y contra la separación, de las minorías nacionales del Imperio Habsburgo. Sobre todo intentaba atacar a las tendencias separatistas de los checos —la minoría más importante en la zona austriaca del imperio—, que se desarrollaban incluso entre algunos socialdemócratas de esa nacionalidad. Esto no dejaba de tener consecuencias para la misma organización, ya que los sindicatos de zonas con mayoría checa comenzaron a sostener la necesidad de contar con una central propia, poniendo en crisis la unidad sindical,³⁹ e incluso la unidad partidaria.

El partido logró capear esta situación y sobrellevar las disidencias dando lugar a una solución de equilibrio que impidió el disgregamiento. Pero de todas maneras, se trataba de un equilibrio inestable. Si la revolución rusa de 1905 había abierto una primera fisura del sólido consenso político e ideológico que había caracterizado al movimiento austriaco, luego del triunfo socialdemócrata en la conquista de los objetivos de ampliación democrática de 1907 finalizó una etapa de estrecha colaboración y unidad. En aquel contexto, la intervención de Bauer a favor de la autonomía cultural de las nacionalidades y del mantenimiento del Estado multinacional no hacía más que fundamentar la línea hegemónica del partido. Así, en gran parte del voluminoso volumen de *La cuestión de las nacionalidades...* se destaca la preocupación por analizar los problemas concretos de las nacionalidades del imperio, la organización y la táctica socialdemócrata bajo esta posición.⁴⁰ Pero antes de repasar las conclusiones prácticas de

³⁹ Un claro ejemplo de este conflicto se registra en 1907, cuando durante el Congreso Internacional de Sindicatos Obreros, el líder socialdemócrata checo Antonin Němec (1858-1926) desconoció la censura a su posición separatista.

⁴⁰ Pero rápidamente, el clima de inestabilidad llevó a Bauer a un paulatino distanciamiento de lo defendido en su libro. Según comenta en su prefacio a la segunda edición de la obra (1924), la orientación reaccionaria y expansionista del imperio Habsburgo, que se plasmó en la anexión de Bosnia y Herzegovina en 1908, agravó los conflictos nacionales, y volvió cada vez más difícil el compromiso con un Estado menos proclive a conceder reformas necesarias para evitar un estallido que parecía cada vez más cercano. “Ya en el invierno de 1908-1909, a mí mismo me parecía probable que el proceso iría por un camino muy distinto a lo que había esperado en 1906: que el proceso conduciría a la guerra y, por obra de la guerra, a la revolución; la revolución pondría a la orden del día el viejo principio de las nacionalidades y haría saltar el viejo estado de las nacionalidades mucho antes de lo que yo había tenido por probable en 1906. Yo había expresado ya estas ideas a partir de 1909 en una serie de artículos en *Der Kampf* [*La lucha*, revista política del partido fundada en 1907 por Renner, Bauer y Adolf Braun]. Y luego, cuando en 1914 estalló la guerra a consecuencia de la cual, en 1917, se produjo efectivamente la segunda revolución rusa, me resultó indudable que en adelante el problema de las nacionalidades austrohúngaras podía ser resuelto tan sólo por la disolución del imperio. En enero de 1918 saqué las últimas conclusiones de esta certidumbre en el *Programa izquierdista para las nacionalidades* que esbocé.” [Bauer, (1979), pp. 5-6].

Según Bauer, su cambio de posición a favor de la autodeterminación nacional volvió rápidamente anacrónico el objetivo político de *La Cuestión de las nacionalidades...*, pero no implicó la necesidad de

este análisis, nos interesa ver como este particular contexto y el posicionamiento de Bauer en el mismo incidieron sobre algunos aspectos de su sistema explicativo, dejándonos comprender mejor ciertos énfasis, elusiones y tensiones de su teoría.

En este sentido, destacamos dos aspectos. En primer lugar, el hincapié de Bauer en definir a la comunidad nacional sobre todo como una unidad cultural, deslindándola en gran parte de sus connotaciones políticas, se relaciona con el trazado de una firme diferenciación entre ésta y el Estado, subestimando la importancia de los factores políticos para la constitución de un cuerpo nacional. Para Bauer, el Estado es en realidad una forma de sociedad, un tipo de unión basado en normas exteriores. Conceptualmente, el mismo no requiere de la nación para fundamentarse, e históricamente, la conformación de los Estados modernos en Europa habría sido independiente del principio nacional: la soberanía política, unificada y fundamentada en el concepto de pueblo, es por tanto diferente a la de comunidad nacional. Aún cuando puedan solaparse, no existe un vínculo necesario entre pueblo soberano y nación: el Estado multinacional puede entonces ser perfectamente sustentable, he incluso lo más conveniente para aquellas minorías que se encontrarían con graves dificultades económicas, y con la imposición de condicionamientos políticos por parte de las grandes naciones, si tuvieran un Estado propio.

En relación con estos argumentos, muchos teóricos actuales del nacionalismo (por ejemplo Anthony Smith), estarían de acuerdo con que los conceptos de Estado y nación no deben confundirse, ya que los Estados no son comunidades —nosotros agregaríamos, siguiendo a Gramsci, que esta diferenciación conceptual no debería de todos modos implicar el desconocimiento de la relación entre la “sociedad civil” y el Estado, aunque la discusión con la concepción weberiana del Estado nos llevaría aquí demasiado lejos—. Otros incluso confirmarían la idea de que el separatismo político en los Estados multiétnicos se debe al ideológico —léase erróneo y peligroso— criterio nacionalista de que debe existir un vínculo necesario entre *ethnos* y Estado (por ejemplo, Hobsbawm). Ninguno, en cambio, desconocería que un grupo étnico se diferencia de una nación justamente por el hecho de que ésta última implica, además del concepto de comunidad cultural, un tipo de identidad política que determina una serie

cambios sustantivos en la teoría sobre la nación allí desplegada. Creía firmemente que aquel libro mantenía su núcleo de verdad, y por lo tanto, luego de criticar sus conclusiones políticas, era posible seguir sosteniendo sus fundamentos teóricos sin cambios. Esperamos que la lectura de esta ponencia sirva para demostrar que en verdad esta afirmación oculta un problema mucho más complejo.

de creencias, motivaciones y acciones vinculadas al poder político. Como ya destacara Weber, “Siempre el concepto de “nación” nos refiere al “poder” político y lo “nacional” —si en general es algo unitario— es un tipo especial de *pathos* que, en un grupo humano unido por una comunidad de lenguaje, de religión, de costumbres o de destino, se vincula a la idea de una organización política propia, ya existente o a la que se aspira y cuanto más se carga el acento sobre la idea de “poder”, tanto más específico resulta ese sentimiento patético.”⁴¹

El segundo aspecto que quisiéramos destacar es la relevancia que adquirió para Bauer explicar el origen del surgimiento de los nuevos movimientos nacionalistas que, como en el caso checo, comenzaban a luchar por la constitución de un Estado propio. En su opinión, la novedad de los reclamos de estos grupos se debía a un proceso preliminar de conformación nacional que se fundamentaba en el aumento de la movilidad social e intercomunicación en diversas regiones de Europa central. Pero allí, a diferencia de Europa occidental, las clases detentadoras del poder político no cumplieron un papel relevante, ya que estaban sumamente comprometidas con la cultura de sus dominadores imperiales. A partir de las transformaciones sociales que se producían, fueron entonces los sectores medios (maestros de escuela, el bajo clero, pequeños funcionarios, etc.), y sobre todo la intelectualidad, los que originaron un movimiento a favor de la recuperación de una tradición cultural largamente olvidada. Este desarrollo, que en el caso checo comienza en la primera mitad del siglo XIX, se profundiza debido a que estos sectores encuentran en el Estado y los sectores dominantes a un grupo que mantiene una cultura vista ahora como “foránea”. Finalmente, esta cultura tradicional reconfigurada amplía su círculo hacia los sectores subalternos, dándose entonces el “despertar de los pueblos sin historia”.⁴² Así, destaca Bauer, “Todas las contradicciones sociales dentro del país aparecen como contradicciones nacionales, porque las clases dominantes hace tiempo se han vuelto alemanas. El odio enardecido que emerge bajo el signo omnipotente de la inmensa convulsión económica contra los burócratas, la nobleza y la clase capitalista tenía que

⁴¹ Weber, (1998), p. 367. En esta línea de análisis se encuentra el agudo trabajo de John Breuilly. En su libro más importante sobre el tema, este autor sostiene que en verdad es necesario enfocar el problema del nacionalismo como una forma de política que se basa en la apelación a la existencia de ciertas características naturales no políticas sobre las que se legitima la necesidad de un Estado propio. Puede además verse su crítica al enfoque de Bauer en Breuilly, (1990), pp. 341-343.

⁴² El rótulo de “pueblos sin historia” (un término de raíces hegelianas) había sido acuñado por Engels para criticar a los movimientos nacionales de los eslavos centroeuropeos que en su opinión no tenían razón de ser, ya que se trataba de poblaciones en vías de ser absorbidas por otras más desarrolladas. Existe un excelente estudio sobre este tema en particular: Rosdolsky, (1980).

aparecer, necesariamente, como odio de los checos contra los alemanes; si las masas de abajo habían tomado conciencia de sí mismas y se creían tanto como los ricos y poderosos, esto tenía que conducir a que se contrapusiera a la nacionalidad alemana la checa, al idioma señorial alemán, el idioma popular checo como equivalentes.”⁴³

Ahora bien, esta explicación nos parece uno de los puntos más altos del libro de Bauer. Sorprende, por otra parte, su proximidad con elementos nodales del trabajo de Miroslav Hroch sobre los movimientos nacionales en centroeuropa. De hecho, este autor propone una periodización en tres fases que coincide en gran parte con la caracterización que acabamos de sintetizar, y sobre todo, destaca de manera casi idéntica que además de la importancia de la intensificación de la movilidad social y comunicación, el éxito de la agitación nacional sobre las masas se debió a la articulación de las tensiones y conflictos sociales y políticos con las diferencias lingüísticas (y a veces religiosas).⁴⁴

El programa de la socialdemocracia austriaca para las nacionalidades

Si muchos elementos de la teoría de Bauer nos sorprenden, tampoco dejan de hacerlo sus conclusiones prácticas. Sin embargo, gran parte de las mismas no fueron el resultado de una elaboración propia, ya que las extrajo del trabajo precedente de Karl Renner (1870-1950),⁴⁵ el otro autor austromarxista especialista en el problema nacional. Renner había publicado ya varias obras, entre las que se destacan *Estado y Nación* (1899) y *El combate de las nacionalidades austriacas por el Estado* (1902), donde desde el punto de vista de la sociología y teoría del derecho, defendía la fórmula de la autonomía nacional personal como solución a los conflictos que enfrentaba el Estado multiétnico. Según Renner, el derecho a la autodeterminación nacional en términos de separación política era insostenible, ya que resultaba imposible determinar el sujeto jurídico al cual le incumbía. El problema era que el Estado se encontraba organizado de manera “centralista-atomística”, lo cual significa que sólo reconocía dos instancias: por

⁴³ Bauer, (1979), p. 215.

⁴⁴ Puede verse una exposición detallada y ejemplificada de estos argumentos en Hroch, (1985); o bien en forma más sintética en el artículo Hroch, (1993).

⁴⁵ Miembro prominente del austromarxismo, Renner tuvo una dilatada carrera dentro del partido socialdemócrata austriaco. En 1907 fue elegido diputado, y durante la primera guerra se convirtió en el líder del ala derecha “socialpatriota”. En 1918, luego de la disgregación del Imperio, fue Canciller de la República Austriaca en el gobierno de coalición de los socialdemócratas y socialcristianos. Pasado un periodo de escasa actividad durante los 30’, fue elegido Presidente de la República luego de la segunda guerra, y hasta su muerte en 1950.

un lado, los individuos, y por el otro, el “pueblo”, en cuanto fuente de soberanía indivisible. Justamente, una de las características del Estado moderno había sido la abolición de los organismos intermedios como fuente de derecho. En el caso austriaco, además, se daba una complejísima situación debido al emplazamiento no delimitado de los distintos grupos étnicos. Por eso, en su opinión, la solución no podía pasar por un principio nacional territorial. El principio personal, en el cual los individuos podrían elegir voluntariamente su adscripción nacional, tal cual sucede con la pertenencia a una determinada religión, era entonces la única forma de evitar un permanente conflicto por los derechos culturales.

Según Renner, este principio se aplicaría de todas maneras en vínculo con el territorial. Su propuesta consistía en la división, lo más precisa posible del Imperio en distritos nacionalmente homogéneos. Estos distritos contarían con amplia autonomía en cuestiones culturales y llevarían adelante la administración general. En el caso de los distritos nacionalmente heterogéneos, las asociaciones nacionales serían las responsables de las funciones culturales. De esta manera, podrían dividirse las funciones según dos líneas: por un lado, los distritos —regidos por el principio territorial— cumplirían con las funciones administrativas estatales locales sin vinculación con cuestiones nacionales; por el otro, los distritos nacionalmente homogéneos y las asociaciones pertenecientes a la misma nacionalidad que se encontraban en distritos heterogéneos, contarían con una representación en un concejo propio, reconociéndole el Estado funciones como el cobro de impuestos sobre los miembros de su nación con fines culturales. Renner caracterizaba esta propuesta como un sistema dual que dividía tajantemente las cuestiones políticas estatales de las culturales nacionales: “debemos dividir en dos las actividades del Estado, separando los problemas nacionales de los políticos. Debemos organizar a la población de manera doble; primero sobre las líneas de nacionalidad, y en segundo lugar en relación con el Estado, y en cada caso en unidades administrativas de diversa forma.”⁴⁶

Siguiendo estas ideas, Bauer argumentaba en su libro que la socialdemocracia debía luchar por desarticular el ordenamiento “centralista-atomístico” del Estado, culpable de que las aspiraciones culturales de las minorías nacionales se transformasen en abiertos conflictos políticos: “La organización centralista-atomística, que hace inevitable la lucha nacional por el poder, es por eso intolerable para el proletariado. La

⁴⁶ Springer (seudónimo de Karl Renner), citado en Kogan, (1949), p. 214.

primera exigencia de una política constitucional proletaria en el estado de las nacionalidades es el reclamo por una organización tal que en ellas las naciones no estén obligadas a pelear por el poder dentro del estado. (...) El poder de las naciones de satisfacer sus necesidades culturales debe estar asegurado legalmente para que la población no esté ya obligada a estructurarse en partidos nacionales, para que el conflicto nacional no haga imposible la lucha de clases.”⁴⁷ Para Bauer, las aspiraciones nacionales eran fundamentalmente de carácter cultural. Si desde el punto de vista de las clases subalternas, eran también sociales y políticas, por ser integradas al cuerpo de la nación dejando de ser meras “tributarias” de la misma, lo eran más bien en contra de las clases dominantes de su propia nación; y como es evidente, esta lucha no podía ser dirigida por los grupos nacionalistas, ya que éstos de ninguna manera perseguían ese objetivo, sino simplemente apoyar un proceso de separación política que liberara a su nación del dominio externo, pero que consolidaría a una nueva clase dominante vernácula. Era necesario, por tanto, que la socialdemocracia, movimiento que bregaba por la superación de la sociedad de clases, y con ello por la real integración de las masas a la nación, defendiese un programa para la organización del Estado multiétnico que evitara la transformación de las reivindicaciones sociales de las minorías nacionales en una lucha por los derechos culturales en contra de la nación dominante como un todo, ya que ésta última incluía también sus propias clases explotadas. De lo que se trataba, en fin, era que primara la solidaridad de clase sobre las luchas nacionales, a fin de evitar la hegemonía de los grupos nacionalistas sobre los sectores subalternos de su propia nación.

Por supuesto, esta posición implicaba también una férrea defensa en contra de las tendencias separatistas en el seno del partido. Dado que el Estado multinacional era perfectamente viable si se conseguía que se rigiese por el principio de personalidad para las cuestiones culturales, no existía motivo para que la socialdemocracia se disgregase. Pero como el propio Bauer reconoció unos pocos años después, este programa resultó impracticable, y el principio de la autonomía nacional personal quedó totalmente olvidado, como una rareza arqueológica en un mundo regido indiscutidamente por los Estados nacionales.

Y a pesar de todo, nos encontramos con que en la actualidad diversos trabajos comienzan a reivindicar la importancia de este antecedente para las teorías sobre el

⁴⁷ Bauer, (1979), p. 307.

multiculturalismo. Por ejemplo, Ephraim Nimni sostiene que “si el multiculturalismo contemporáneo se caracteriza por la inclusión, reconocimiento, y la representación de sectores sociales étnicamente diversos en una misma unidad política, con seguridad no es equivocado ver a Bauer y Renner como precursores del mismo.”⁴⁸ Para este autor, el principio de la autonomía personal tiene como ventaja sobre el territorial el hecho de que, como muestra la experiencia, las fronteras territoriales siempre crean minorías y mayores posibilidades de discriminación étnica; además, el principio de personalidad supera la necesidad de protecciones específicas para las minorías, ya que en todos los casos asegura que éstas no estén sujetas a las mayorías en cuestiones culturales, gracias a que cuentan con sus propias organizaciones transterritoriales, con un estatus de corporación pública.

Y así, luego de este extenso recorrido, parece irónico concluir esta ponencia, que abrimos con el comentario sobre la subvaloración o desconocimiento de la importancia del trabajo de Bauer por parte de la mayoría de los especialistas sobre naciones y nacionalismos, comentando su actualidad para el examen de la apremiante realidad —o visualización de la misma— de las migraciones, minorías subalternas, conflictos interculturales, etc. que urden la trama sobre la que debe pensarse el problema nacional en el presente.

Bibliografía (no se incluyen las obras de Bauer, ya que éstas se encuentran en el Anexo)

- AAVV, (1978), *La Segunda Internacional y el problema nacional y colonial*, México, Cuadernos de Pasado y Presente n° 73 y 74.
- Agnelli, Arduino, (1977), “Socialismo e problema delle nazionalità in Otto Bauer”, en AAVV, *Storia del marxismo contemporaneo*, vol. 2, Milán, Fondazione Giangiacomo Feltrinelli, pp. 97-127.
- Anderson, Benedict, (1993), *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, Buenos Aires, F.C.E.
- Armstrong, John, (1982), *Nations before nationalism*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.
- Avineri, Shlomo, (1991), “Marxism and nationalism”, *Journal of Contemporary History*, vol. 26, n° 3-4, pp. 637-657.
- Bhabha, Homi, (2002), *El lugar de la cultura*, Buenos Aires, Manantial.

⁴⁸ Nimni, (1999), p. 291. Una posición similar se defiende en Roach, (2004). Vale la pena destacar, por otra parte, que el mismo Nimni fue el editor de la primera versión inglesa completa del clásico de Bauer, en el 2000. Es de esperar que este emprendimiento permita la reconsideración sobre la importancia de esta obra en el mundo anglosajón.

- Borojov, Ber, (1979), *Nacionalismo y lucha de clases (1905-1917)*, México, Cuadernos de Pasado y Presente n° 83.
- Bottomore, Tom y Goode, Patrick (eds.), (1978), *Austro Marxism*, Oxford, Clarendon Press.
- Bourdet, Yvon, (1968), *Otto Bauer et la révolution*, Paris, EDI.
- Breuilly, John, (1990), *Nacionalismo y Estado*, Barcelona, Pomares-Corredor.
- Chatterjee, Partha, (2008), *La nación en tiempo heterogéneo y otros estudios subalternos*, Buenos Aires, Siglo XXI/CLACSO.
- Cole, George Douglas Howard, (1986), *Historia del pensamiento socialista*, tomos III y IV, México, F.C.E.
- Davis, Horace, (1972), *Nacionalismo y socialismo. Teorías marxistas y laboristas sobre el nacionalismo hasta 1917*, Barcelona, Península.
- Delannoi, Gil y Taguieff, Pierre-André, (1993), *Teorías del nacionalismo*, Barcelona, Paidós.
- Gellner, Ernest, (1988), *Naciones y nacionalismo*, Madrid, Alianza.
- Gellner, Ernest, (1995), *Encuentros con el nacionalismo*, Madrid, Alianza.
- Hobsbawm, Eric, (1991), *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona, Crítica.
- Hobsbawm, Eric, Haupt, Georges y otros (dirs.), (1980), *Historia del marxismo*, tomo III, Barcelona, Bruguera.
- Hroch, Miroslav, (1985), *Social preconditions of national revival in Europe*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Hroch, Miroslav, (1993), "From national movement to the fully-formed nation. The nation-building process in Europe", *New Left Review*, n° 198.
- Hroch, Miroslav, (1994), "¿Sabemos suficiente sobre el nacionalismo?", en Bermendi, Justo, Máiz, Ramón y Núñez, Xosé, *Nationalism in europe. Past and Present*, vol. I, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela.
- Hutchinson, John y Smith, Anthony (eds.), (1994), *Nationalism*, Oxford, Oxford University Press.
- Kolakowski, Leszek, (1982), *Las principales corrientes del marxismo*, tomo II. La edad de oro, Madrid, Alianza.
- Kogan, Arthur, (1949), "The Social Democrats and the conflict of nationalities in the Habsburg Monarchy", *Journal of Modern History*, vol. 21, n° 3, pp. 204-217.
- Leser, Norbert, (1966), "Austro-Marxism: A reappraisal", *Journal of Contemporary History*, Vol. 1, n° 2, pp. 117-133.
- López, Damián, (2003), "La Segunda Internacional y la cuestión nacional", en <http://hsguba.blogspot.com>
- Löwy, Michael, (1998), *¿Patria o planeta? Nacionalismos e internacionalismos de Marx a nuestros días*, Rosario, Homo Sapiens.
- Löwy, Michael y Haupt, Georges, (1980), *Los marxistas y la cuestión nacional*, Barcelona, Fontamara.
- Maitron, Jean y Haupt, Georges (dirs.), (1971), *Dictionnaire biographique du mouvement ouvrier international*, tomo I (Austria), Paris, Les Éditions Ouvrières.
- Mármora, Leopoldo, (1986), *El concepto socialista de nación*, México, Cuadernos de Pasado y Presente n° 96.
- Mommsem, Hans y Burian, Meter, (1975), "Estado Nacional", en Kernig, C. D. (dir.), *Marxismo y Democracia*, Serie Historia (dirigida por Hans Mommsem y Wolfgang Schreder), tomo 3, Madrid, Rioduero, pp. 73-96.
- Mommsem, Hans y Martin, Albert, (1975), "Nacionalismo. El problema de las nacionalidades", en Kernig, C. D. (dir.), *Marxismo y Democracia*, Serie Historia

(dirigida por Hans Mommsen y Wolfgang Schreder), tomo 7, Madrid, Rioduero, pp. 22-87.

-Nimni, Ephraim, (1999), "Nationalist multiculturalism in late imperial Austria as a critique of contemporary liberalism: the case of Bauer and Renner", *Journal of Political Ideologies*, vol. 4 n° 3, pp. 289-314.

-Palti, Elías, (2002), *La nación como problema. Los historiadores y la "cuestión nacional"*, Buenos Aires, F.C.E.

-Renan, Ernest, (2000), *¿Qué es una nación?*, en Fernández Bravo, Álvaro (comp.), *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*, Buenos Aires, Manantial.

-Roach, Steven, (2004), "Minority rights and the dialectics of the nation: Otto Bauer's theory of the nation and its contribution to multicultural theory and globalization", *Human Rights Review*, vol. 1, issue 1, pp. 91-105.

-Rosdolsky, Roman, (1980), *Friedrich Engels y el problema de los pueblos sin historia*, México, Cuadernos de Pasado y Presente n° 88.

-Smith, Anthony, (1986), *The ethnics origins of nations*, Oxford, Blackwell.

-Smith, Anthony, (1997a), *La identidad nacional*, Madrid, Trama, 1997.

-Smith, Anthony, (1997b), "¿Gastronomía o geología? El papel del nacionalismo en la reconstrucción de las naciones", en *Zona Abierta*, n° 79, pp. 39-68.

-Tönnies, Ferdinand, (1947), *Comunidad y sociedad*, Buenos Aires, Losada.

-Weber, Max, (1996), *Economía y Sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, México, F.C.E.

Anexo: Obras de Otto Bauer traducidas al español

-(s.f.), *El camino hacia el socialismo*, Madrid, América.

-(1920), *¿Socialismo o bolchevismo ?*, Buenos Aires, *Acción Socialista* n° 14.

-(1932), *Capitalismo y socialismo en la posguerra*, Madrid, Editorial España.

-(1975), "Marxismo y ética", en Karl Kautsky, *Ética y concepción materialista de la historia*, Buenos Aires, Cuadernos de Pasado y Presente n° 58, pp. 161-184.

-(1976), "El fascismo", en A.A.V.V., *Fascismo y capitalismo*, Barcelona, Martínez Roca, pp.150-175.

-(1978a), "El camino del poder", en Karl Kautsky, *La revolución social. El camino del poder*, México, Cuadernos de Pasado y Presente n° 68, pp. 292-303.

-(1978b), "El obrero y la nación", en A.A.V.V., *La Segunda Internacional y el problema nacional y colonial* (Segunda Parte), México, Cuadernos de Pasado y Presente n° 74, pp. 248-258.

-(1978c), "Observaciones sobre la cuestión de las nacionalidades", en A.A.V.V., *La Segunda Internacional y el problema nacional y colonial* (Segunda Parte), México, Cuadernos de Pasado y Presente n° 74, pp. 172-185.

-(1979), *La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia*, México, Siglo XXI.